

La pobreza según se mida

Por María del Carmen Feijóo¹

El debate entre el INDEC y Economía muestra que la pobreza no sólo implica bajos ingresos, sino una multicausalidad neutralizable con políticas estatales.

La reciente divulgación de las mediciones de pobreza realizada por el INDEC han puesto en debate algunas cuestiones que reiteradamente salen a la superficie cuando se difunde este tipo de datos.

En esta oportunidad, se agregaron las discrepancias con el Ministerio de Economía que explicitó sus divergencias sobre la medición de la pobreza y sus resultados aplicando una metodología alternativa.

El debate sobre las perspectivas, en todo caso, expresa la preocupación sobre el problema social más grave que ha abordado este gobierno: el de la pobreza, en cuyo abordaje se han centrado las principales políticas sociales de esta gestión, dirigidas a recuperar el proceso de inclusión social perdido.

Parecería, sin embargo, que no es sólo con el debate metodológico como se resuelve el problema del análisis de la pobreza. Más bien, el debate debería centrarse en la cuestión conceptual de definir qué es lo que medimos cuándo medimos así la pobreza y qué concepto de pobreza expresa esta medición.

Sin tecnicismos, las que están discutiéndose se fundan en la definición de una canasta de alimentos y de bienes y servicios, correspondiente a los miembros del hogar, diferenciada según la edad y el sexo de los mismos, que se valoriza en términos de su costo en el mercado. Esto define la línea de indigencia, cuando se trata sólo de alimentos, y la de pobreza, cuando se incluyen también los bienes y servicios correspondientes.

La evaluación de los ingresos percibidos por la población en los hogares permite posicionar por arriba de la línea de pobreza a aquellos cuyos ingresos alcanzan para la satisfacción de esas necesidades —son los no pobres— y por debajo de la línea de pobreza a aquellos cuyos ingresos son insuficientes —indigentes, si los ingresos no alcanzan para comprar la canasta básica de alimentos, y pobres, si pueden comprar los alimentos pero no alcanzan a comprar la de bienes y servicios.

El cálculo de la pobreza resulta de una operación aritmética que confronta gastos con ingresos, y eso es lo que medimos cuando medimos pobreza por línea. Por supuesto, se trata de una metodología seria, fundada, probada y aplicada a lo largo del tiempo, por lo que lejos estamos de sugerir que se discontinúe o ponga en cuestión. Pero pueden hacerse otras preguntas.

¿La pobreza es sólo restricción de ingresos? Sin lugar a dudas, en una sociedad de mercado, constituye un componente fundamental. Pero, a la vez, todos los expertos en investigación sobre pobreza han señalado reiteradamente la estrecha relación existente entre el grado de desarrollo de una sociedad y la forma de pensar la pobreza, en términos de las condiciones de vida consideradas socialmente aceptables en cada momento histórico. Es decir, cada sociedad y en cada tiempo define a la pobreza de una manera diferente.

¹ Socióloga, Oficial de enlace del Fondo de Población de Naciones Unidas en Argentina.

Véase el mismo caso argentino: las mediciones de pobreza en nuestro país comenzaron por las de necesidades básicas insatisfechas, en el comienzo de la democracia, dando cuenta de condiciones de acceso a infraestructura urbana, de las características de las viviendas y de la concurrencia de los niños al sistema educativo, en un momento en que la pobreza por ingresos no era la más relevante.

Ahora, cuando como consecuencia de las transformaciones de los 90 —especialmente de la desestructuración del mercado de trabajo—, el corazón de la pobreza se centra en la insuficiencia de los ingresos, se ha ido abandonando la medición de necesidades básicas y el foco está puesto en la de los ingresos. Pero la pobreza no es sólo insuficiencia de ingresos.

La investigación ha señalado la multidimensionalidad de la pobreza: los hogares pueden ser pobres en ingresos, pero tener acceso a servicios públicos de alta calidad, pueden tener niveles educativos en ascenso, pueden ser integrados o excluidos, pueden tener "resiliencia" para superar las restricciones del contexto o pueden estar sumidos en la pasividad y el desánimo. Una de los aspectos más fuertes del corazón de la pobreza es el sentimiento de impotencia y de falta de poder que sienten los que la sufren. Nada de esto, obviamente, se mide vía los ingresos.

Acercar la lupa

Para el caso argentino, también es importante señalar la diferencia que hace el acceso a los puestos de trabajo: un empleado público, de bajo rango, cuyo ingreso no alcance a cubrir la canasta, probablemente se considere menos pobre que otro que con su mismo ingreso, changuée y no esté integrado en el lazo social que el trabajo aporta como plus para generar condiciones de vida digna.

Más aún, la pobreza es distinta en sociedades con alta desigualdad, como la nuestra, o como Brasil, situación que se capta vía el coeficiente de Gini, y otra es la pobreza en sociedades menos desiguales, como en el caso de Uruguay. Un reciente libro de Pierre Salama, "Medidas de la pobreza desmedida", da cuenta de las alternativas de medición de la pobreza y de sus relaciones con el crecimiento y la distribución.

Desde el punto de vista del diseño de políticas sociales, no sólo hay que saber cuántos pobres existen sino qué tipo de pobreza los caracteriza, si es de subida o de bajada en la estructura social —el sentido de la movilidad— y cuánto tiempo llevan en esa posición —si son históricos y estructurales o recientes, esto es, empobrecidos o nuevos pobres, pues la búsqueda de las soluciones más adecuadas dependerá de no errar en estas caracterizaciones.

En este sentido, tanto como el porcentaje de población bajo línea, resulta importante identificar otros atributos de esa población: tamaño y número de menores por hogar, condición de actividad, niveles de desempleo, nivel educativo de jefes y menores, es decir, identificar adentro del número "plano" cuáles son las características de la población que, junto con el ingreso, definen también su nivel de vida. Esto se puede hacer con la información disponible, pero requiere la voluntad de ir más allá de la información que da la línea.

En síntesis, la lucha por erradicar la pobreza debe formar parte de un esfuerzo de debate académico y de investigación orientada al diseño e implementación de políticas públicas que dé cuenta de la multidimensionalidad de su constitución, que identifique la forma en que la pobreza resulta sistémica a los modelos de desarrollo que no se plantean las cuestiones de la distribución y la lucha por la mayor igualdad, que no achate la percepción que la sociedad tiene de la pobreza sólo centrándola en el crucial, pero de ninguna manera vea como único problema el ingreso.

En fin, que exista una vocación permanente de ponerla en la agenda pública, más allá de cuando el INDEC publica o actualiza los resultados de la EPH.